

■ DOSSIER

ASTOR PIAZZOLLA
BALADA PARA UN REBELDE

■ Por Jorge H. Andrés

ESCRITO EN COLABORACIÓN CON
HORACIO FERRER, *BALADA
PARA UN LOCO*, TANGO PARA
VOZ FEMENINA CANTADO EN SU
ESTRENO POR AMELITA BALTAR,
UNA VOCALISTA QUE COMO LA
DEFINIÓ PIAZZOLLA “CANTA EL
TANGO COMO MUJER Y NO
COMO LA MAYORÍA DE LAS
CANTANTES, QUE CANTAN COMO
HOMBRES”, SE CONVIRTIÓ AL
FINAL DE LA DÉCADA DE LOS
SESENTA EN EL TANGO-CANCIÓN
DE REFERENCIA PARA UNA
GENERACIÓN ENTERA DE
ARGENTINOS.

BALADA PARA UN REBELDE,
TEXTO PUBLICADO EN EL
NÚMERO 454 (25/11 AL
1/12/1969) DEL DESAPARECIDO
SEMANARIO ARGENTINO
ANÁLISIS, Y CEDIDO POR SU
AUTOR PARA ESTE DOSSIER, DA
CUENTA DE LOS AVATARES DE
BALADA..., UN DESENCUENTRO
CON UN PREMIO PERDIDO
ESTÚPIDAMENTE QUE A CAMBIO
GANÓ LA INMEDIATA
ACEPTACIÓN POPULAR.



BALADA PARA UN rebelde

PIANTAO, PIAANTAO, PIAANTAO

Fue una maratón musical como el país nunca había presenciado: el Festival de Buenos Aires de la Canción y la Danza, en siete jornadas de apretada programación, se convirtió, por su repercusión periodística, caudal de audiencia y presupuesto invertido, en el capítulo más brillante del plan de actos con que la Municipalidad festejó la Semana de la Ciudad.

A la contienda habían acudido más de 1.300 canciones, además de una nada desdeñable cantidad de espectáculos costumbristas, ansia competitiva que respondía a la inusitada generosidad de los premios: cinco mil dólares a los compositores del mejor tema en cada uno de los géneros en concurso –tradicional, tango e internacional– y 2.500 para su intérprete.

En el Luna Park transfigurado por el adecuado y agradable aparato escenográfico ideado por Luis Diego Pedreira, presentados con elegancia ejemplar para los animadores nacionales por Hugo Guerrero Martinheitz, los artistas concursantes e invitados, nativos y extranjeros, hicieron su número de acuerdo a un diagrama puesto en práctica por Jorge Petraglia con cronométrica perfección.

Cuando llegó el sábado de clausura, quedaban en carrera solamente dos piezas de cada género y un par de ballets, el chileno y el brasileño, entre quienes un jurado sorteado entre los primeros espectadores en llegar debía discernir los ansiados cheques. Para ese momento, las 60.000 personas que habían presenciado el festival en vivo y los incontables que optaron por las emisiones televisivas tenían escuchada una cantidad de música realmente excesiva, por su abundancia y por su uniforme mediocridad, y contemplado no pocos grupos danzantes, todos, hasta el excelente y galardonado Perú Negro, demasiado proclives a la trampa pintoresquista.

Las decisiones eran casi inevitables: la venezolana Gloria Martín, con su tonada *Lo nuestro es cantar*, se impuso sin dificultades sobre su lloriqueante rival argentino Luis Ordoñez. El rubro tradicional consagró *Canto para un centauro*, un olvidable *opus* de Iván Cosentino y Armando Tejada Gómez, y no existía opción entre la apática gimnasia del Ballet Folclórico Nacional de Chile y el desprolijo pero comunicativo entusiasmo revisteril del conjunto Olodum de Brasil que también consiguió un premio para su primer bailarín.

Pero la gran expectativa del largo festival, la que había nacido la tarde en que se revelaron los seudónimos de los compositores preseleccionados, creció rápidamente en las ruedas eliminatorias y en la noche final tuvo atrapadas a las 15.000 personas que atestaban el estadio, estuvo a cargo de *Balada para un loco*, tango de Astor Piazzolla y Horacio Ferrer, que perdió por una diferencia nada exagerada –9 votos sobre 25– frente a *Hasta el último tren*, trillada melaza de Julio Ahumada y Julio Camilloni, después de conseguir para el revolucionario bandoneonista y para su cancionista Amelita Baltar la más estentórea muestra de apoyo popular que haya recibido en su prolongada carrera.

DESPUÉS DE LA CAÍDA

Cuando conversó con *Análisis* una radiante mañana de la semana pasada en su duplex en el borde norte de la ciudad, Piazzolla era todo lo opuesto del estereotipo de héroe tanguero: combativo, de ideas totalmente clarificadas; prematuramente tostado, como para desmentir los 48 años que nadie le adjudicaría. Justo en el muro de ruido provocado por lo que promete ser su primer gran *hit*, no vaciló en aceptar las razones que lo motivaron a participar en el Festival: “Para qué nos vamos a engañar: la atracción era la del premio: con 7.500 dólares en juego da gusto entrar y ganar. Yo no creía que iba a tener el impacto popular que tuvo; además, como los festivales son siempre una cosa llena de triquiñuelas y de *matufias*, la idea no me gustaba demasiado; nunca pensé que se iba a hacer en el Luna Park, un lugar en el que nunca había tocado y que me daba mucho miedo”.

Todas las noches que Amelita Baltar, acompañada por una gran orquesta mandada por Piazzolla, cantó *Balada para un loco*, una delirante ovación comenzaba a crecer desde las últimas estrofas y continuaba vibrando varios minutos después que el tema había terminado. Era una extraña mezcla de silbidos y aplausos, de admiración y desdén, de odio y aprecio, de todas las reacciones que el compositor desata entre las que, como siempre, estaba ausente la indiferencia: “Hay mucha gente que me quiere mucho y mucha que me tiene una gran antipatía, más a mi mismo que a mi música, no sé por qué. Es lo que noté en el Luna Park: la oposición que había no era para *Balada* sino para Piazzolla, me lo dijo el otro día Alberto Ginastera. El público de tango tradicional se dio cuenta que esa noche lo que a ellos les gusta se iba irremediablemente, que había llegado el momento de una nueva canción, y eso era lo que los desesperaba. Yo no quiero quitarles nada, pero noto que Buenos Aires necesita una música que la refleje como es ahora”.

Mientras la suerte de la canción estuvo en manos de los jurados técnicos, superó por arrasadora unanimidad las audiciones eliminatorias; cuando debió depender de decisiones presuntamente más democráticas, el fallo le fue adverso: “Políticamente era perfecto: votó el pueblo. A mí eso de que votara el pueblo me destruyó, porque si dos veces consecutivas gané por unanimidad, no veo cómo pueden venir cuatro ó cinco *gordas* y votarme en contra. ¡Si una que estaba ahí votó por Jorge Sobral (el cantante del tema ganador) porque es buen mozo!”.

El recuerdo del tango triunfador, *Hasta el último tren*, sirve para resucitar la exigente elocuencia de Piazzolla, que no pocas polémicas desató en los años de fuego de la vanguardia: “El resultado final del festival me pareció muy gracioso; es tan feo el tema que ganó, pero tan feo, que me causa gracia haber perdido. Además, es prácticamente un plagio, tiene casi ocho compases de *Después*, un tango que Hugo Gutiérrez escribió hace 25 años. Es tremendo, que dos personas se unan para hacer algo tan vulgar, que no se les ocurra inventar nada distin-

to; eso es lo que me asombró en todas las composiciones presentadas: su falta de inquietud. No sé porqué no participaron los buenos compositores de tango, que los tenemos, como Mariano Mores, Atilio Stampone, Julián Plaza”.

La línea más dura del partido piazzolliano exigía que el bandoneonista rechazara el premio especial de 175.000 pesos que la Municipalidad instituyó para las composiciones relegadas al segundo puesto. Pero no piensa hacerlo: “No, ¿por qué?, y más aún, si el año que viene hay otro festival pienso volver a participar. Para mí ha sido muy emocionante y me sirve de mucho descubrir una posibilidad de impacto popular tan grande en un tema mío. No habré ganado el primer premio, pero *Balada para un loco* fue la pieza de la que más se habló; además el compositor mexicano Vicente Garrido dijo que solamente para escucharla valía la pena haber venido a la Argentina y que en ella había que ver el futuro de la canción latinoamericana”. Esto fue parte de su discurso en la fiesta de clausura en la que Piazzolla estuvo ausente: “No me invitaron, quizá porque estaba reservada para los ganadores”.

Aunque la estirpe tanguera de su canción fue cuestionada hasta por uno de los directores musicales del festival, Piazzolla define categóricamente: “*Balada para un loco* es un tango cien por cien, es música de Buenos Aires, idioma de Buenos Aires. Si bien es cierto que tiene un vals en el medio hay que tener muy poquita imaginación para no darse cuenta que es la fantasía del loco, el temita que uso para describirlo. La orquestación fue hecha para la gran orquesta que debía tocarla, con percusión y todo. Sin embargo, aquí ven la percusión y ya dicen que no es tango, cuando Fresedo la usaba hace 50 años”.

NINGUNA IGUAL

Casi toda la obra de Piazzolla ha sido instrumental, los cantores parecían para él una obligación, un requisito con el que cumplía sin entusiasmarse con sus posibilidades; después de su operita *María de Buenos Aires* y ahora de la *Balada*, su actitud frente a las partes vocales parecería modificada: “Lo que ocurre es que he tenido la suerte de encontrar un gran poeta como Horacio Ferrer y, sobre todo, la que yo creo la intérprete más impactante que hay en este momento: Amelita Baltar. Ella es una mujer que canta el tango como mujer y no como la mayoría de las cantantes, que cantan como hombres”.

No obstante, el éxito en el festival no garantiza una producción masiva de piezas vocales: “Convinimos con Ferrer en que si hacemos otra tiene que ser superior, y por ahora yo estoy convencido que *Balada para un loco* es la mejor canción que he escrito en mi vida. Creo que lo más importante es pensar bien lo que se hace. Con Ferrer y Amelita hemos establecido un trabajo de equipo: él escribe sus poesías sabiendo el tipo de música al que va a tener que adaptarse, yo por mi parte compongo la música para un estilo de interpretación determinado.



Horacio Ferrer, Astor Piazzolla y Amelita Baltar.

La obra se trabaja como si fuera una pieza teatral; es la única manera de armar algo bueno. Con la *Balada* nos pasamos casi un mes ensayando constantemente para que el día que llegáramos al Luna Park estuviera completa. Por eso Amelita no salió, como la mayoría de los cantantes, que habían aprendido las canciones dos días antes, con un pelito en la mano”.

Aunque el catálogo de Piazzolla incluye un abundante número de excelentes tangos de duración normal, en los últimos años sus composiciones se fueron haciendo más y más extensas hasta llegar a la operita o a la reciente *tangata Silfo y Ondina*: “Los temas cortos para mí ya tienen muy poco que decir; una pieza tiene que estar elaborada, trabajada musicalmente, para que me satisfaga”. Una tendencia que *Balada para un loco*, con sus cuatro minutos largos, no confirma tanto como la obra en la que en estos momentos trabaja junto a Ferrer: la *Misa Tango*, un inquietante proyecto para el que ya tiene decidido el recinto de estreno: “Ahora estoy encaprichado, tendrá que ser en el Luna Park; ya no tengo miedo de mostrarle mi música al pueblo y esa emoción de sentir una multitud que grita por uno –aplaudiéndolo o silbándolo– es algo que vale cualquier riesgo”.

Hubo una época en que el país no pudo proporcionar a su compositor popular más original el trabajo necesario como para que resistiera la tentación de emigrar; el riesgo de un nuevo éxodo parecería lejano gracias a Michelángelo, la suntuosa catacumba de San Telmo, que lo emplea permanentemente a pesar de no ser copropietario, como alguna vez se rumoreó: “Ojalá fuera mío, ¡cuesta 130 millones de pesos! Si yo tuviera toda esa plata no la metía en un boliche”.

Hace ya casi 25 años que Piazzolla viene redescubriendo en Buenos Aires ese sonido húmedo, pastoso, que la define mejor que nada. En todo ese tiempo, además del respeto que nadie se anima a negarle, ganó muchos amigos y algunos detractores que le duelen mucho (“Los primeros en hacerme la contra han sido los mismos músicos”), más que por el fenomenal talento en el que ninguno puede rivalizar, por una atávica y peligrosa manía: “Es lindo decir la verdad, aunque duela; inclusive de un amigo: Yo si tengo un amigo y pensara que lo que él hace es mediocre, se lo diría, y si él es mi amigo se va a dar cuenta que estoy diciéndole la verdad. La mayoría de los músicos no se anima a decir la verdad sobre los otros; yo no puedo, si pienso que alguien es pésimo, lo tengo que decir”. Ese tremendo rigor con los demás arranca en una devastadora exigencia para consigo mismo, en una pasión por la obra creada que está por encima de todo: “Yo lo que hago lo quiero con sinceridad, por eso no he cambiado de rumbo jamás, ni cambiaré. Siempre voy a seguir haciendo lo que a mí me gusta, sin rebajarme ni venderme”. Lo que es una hermosa manera de definir la integridad.

© 2002. Jorge H. Andrés